

**COMENTARIOS A LA ENCÍCLICA “REDEMPTORIS MATER”:  
FUNCIÓN CENTRAL DE LA FE DE MARÍA SANTÍSIMA EN LA VIDA DE  
LA IGLESIA PEREGRINA (nn. 25-37). INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA  
PARTE.**

La primera parte de la Encíclica concluye con la asociación de María a la obra redentora de su Hijo, que culmina con el misterio pascual (corredención adquisitiva, que contribuye a la adquisición de los frutos de la redención). Esta II parte trata de la corredención aplicativa, por la que dispensa todas las gracias adquiridas para los redimidos, en y a través de la Iglesia, que nace del costado abierto de Cristo, y se manifiesta en Pentecostés. Juan Pablo II, no emplea esa clásica terminología; prefiere usar, por razones ecuménicas, un lenguaje más próximo a la Escritura. En esta II parte, expone la dispensación universal de todas las gracias, clásico tema de la mariología, desde la perspectiva de la fe obediente de María, que -unida a la esperanza y a la ardiente caridad- anima toda su vida desde el *fiat*, primer acto de la fe explícitamente cristiano, como fundamento en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG, 61. RM, 22). Si la redención es esencialmente amor obediente hasta la muerte (cf. Phil 2, 8) María coopera “*singulari prorsus modo*” en la obra de la redención, “por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad”. A esta diferencia de Cristo, cuyo amor obediente excluye la fe y la esperanza, por ser a la vez viador y compresor, se puede resumir la cooperación corredentora de María como obediencia de la fe vivida en la esperanza y vivificada por su amor maternal desde Nazaret hasta la Asunción, en un proceso vital que converge y culmina al pie de la cruz. (LG, SG: “Cooperó en la salvación con fe y obediencia libres: obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí y para todo el género humano (S. Ireneo).

El tema de esta II parte es la relación de esta fe corredentora de María, con la fe de los miembros de la Iglesia peregrina. Aquella precedió la peregrinación en la fe del nuevo Israel de Dios por el desierto de este mundo (LG 8). Trata a continuación del influjo causal de la fe de María, por su valor corredentor, en el origen y afianzamiento de la fe cristiana y, como consecuencia, en la realización de la esperanza ecuménica de la Iglesia, que se apoya en la promesa del Señor -”habrá un sólo rebaño y un sólo pastor” (Jo. 10, 16)-, que sólo se puede fundar en la unidad de la fe de los cristianos disidentes y de todos los hombres de buena voluntad en la única Iglesia de Cristo, “que subsiste en la Iglesia Católica”.

En la III parte (Coll. V a VII) se vuelve a tratar de la presencia maternal de María en la vida de la Iglesia y de cada cristiano en una perspectiva más amplia, como mediadora, tipo y madre de la Iglesia; pero el contenido de estos títulos está ya presente en esta II parte en su raíz y fundamento, pues la fe de María es la razón fontal de su presencia salvífica en el centro de la Iglesia peregrina: “María ha llegado a estar presente en el misterio de Cristo precisamente porque ha creído” (RM, 12).

**Acción maternal de María en la aplicación a las almas en y a través de la Iglesia, de los frutos de la redención. (Corredención aplicativa).**

Jesucristo desde lo alto de la cruz “llama significativamente a su Madre (Mujer ahí tienes a tu Hijo) con el mismo título que en Caná (cf. Jo, 2, 4). Hace así solemne

referencia al misterio de María: “con María excelsa hija de Sión, tras la larga espera de la promesa del protoevangelio -el linaje de la Mujer aplastará la cabeza de la serpiente- (Gen 3, 15)), se cumple la plenitud de los tiempos” (LG, 55; RM, 24). “Las palabras de Jesús desde lo alto de la cruz significan que la maternidad de su Madre encuentra una nueva continuación de su maternidad respecto al Hijo de Dios” que “se derrama sobre la Iglesia” (ibid).

En ese momento ha visto la tradición el nacimiento de la Iglesia, gestada en el *fiat* de la encarnación. Pero si nace de modo oculto del costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor de la nueva Eva, no se manifiesta públicamente al mundo hasta pentecostés, cuando derrama el Espíritu Santo prometido por Cristo, como fruto de la cruz, estando todos perseverantes unánimemente en la oración con los apóstoles y María la Madre de Jesús (Act. 1, 14). Ella implora con sus ruegos el don del Espíritu Santo, quien ya la había cubierto con su sombra en la anunciación.

El Santo Padre subraya la correspondencia de ambos momentos en la vida de María sobre su esposa inmaculada: Nazaret y el cenáculo de Jerusalén, principio y culminación respectivamente de la corredención mariana. “Así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre del Redentor se hace presente en el misterio de la Iglesia”, en la fase subjetiva de aplicación del tesoro redentor como medianera universal de todas las gracias. “La maternidad de María encuentra una nueva continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia representada por Juan” (RM, 24).

### **Relación de precedencia, de ejemplaridad y de eficiencia de la fe de María con la fe de la Iglesia peregrina iniciada en pentecostés (fides “qua”, subjetiva).**

Según la doctrina de la “Lumen Gentium”, que resume la Encíclica, la Iglesia en su estadio peregrino que se inicia en Pentecostés, es la congregación de los creyentes convocada y constituida por Dios como sacramento de salvación. “Caminado a través de los peligros y de tribulaciones -de modo análogo al Israel de la Antigua alianza (su imagen y prefiguración) en su caminar a través del desierto- se ve confortada por la fuerza de la gracia de Dios que el Señor le prometió... y no deja de renovarse a sí misma bajo la acción del Espíritu Santo hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso” (LG, 9).

“Este camino posee un carácter exterior, pues debe extenderse por toda la tierra... Sin embargo, el carácter esencial de su camino es interior. Se trata de una peregrinación a través de la fe por la fuerza del Señor resucitado. En ella María está presente, como la que es “feliz porque ha creído”... Como un espejo donde se reflejan las maravillas de Dios...

En el cenáculo de Jerusalén, con la venida del Espíritu Santo, la Iglesia, edificada por Cristo sobre los apóstoles se hace plenamente consciente de estas grandes obras de Dios, a la luz del Espíritu Santo. María está presente implorando con sus ruegos el don del Espíritu (LG 59, RM 26). En el cenáculo el itinerario de María se encuentra en el camino de la fe de la Iglesia, que comienza su misión salvífica por medio del testimonio que Pedro y los apóstoles dan de Cristo crucificado y resucitado. (RM, 25).

María no ha recibido directamente esta misión apostólica, pero estaba con ellos como Madre de Jesús y testigo singular de su misterio. La Iglesia, por tanto, desde el primer momento miró a María a través de Jesús como miró a Jesús a través de María, como la que ha sido la primera en creer, como testigo singular de la infancia y vida oculta de Jesús cuando “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”.

“Para la Iglesia de entonces y de siempre María ha sido y es sobre todo la que sido primera en creer” (RM, 26).

¿Qué se entiende aquí por “primera”? En primer lugar se hace referencia a una prioridad temporal de *precedencia* en su camino -”más largo”- de peregrinación en la fe, que se inicia en el *fiat*, que es el primer acto explícito de fe cristiana. Pero debe entenderse, sobre todo, en el sentido de una verdadera prioridad causal. En primer lugar de *ejemplaridad*, como espejo y paradigma que la Iglesia debe siempre contemplar e imitar (RM, 26). Pero parece aludir también a una relación de *causalidad eficiente* respecto a la fe de los miembros de la Iglesia, verdadero inicio y fundamento, según el C. de Trento, de la vida sobrenatural; eficiencia, al menos moral de intercesión; según muchos mariólogos, cada vez más, a título de instrumento físico de todas las gracias -a manera de “arcaduz”- que ha contribuido a adquirir “como socia Christi” a título de corredentora, precisamente por su fe.

### **Relación entre el depósito de la fe constituido por la tradición apostólica y el misterio de María (“*fides quae*”, *objetiva*).**

Como hemos visto antes con alguna detención “María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento. Por eso la Iglesia apostólica “germen del nuevo Israel” perseveraba constante en la oración junto a ella, y al mismo tiempo, “la contemplaba a la luz del verbo hecho hombre”. Así sería siempre. En efecto, cuando la Iglesia “entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación”, piensa en la Madre de Cristo con profunda veneración y piedad (LG, 65). (cf. RM, 27).

También la fe de María, entendida ahora en sentido objetivo como penetración de la “Sede de sabiduría” y “Esposa del Paráclito” en su propio misterio (indisolublemente unido al “misterio del Verbo encarnado” redentor y “al misterio de la Iglesia del Verbo encarnado”; conferebat in corde suo” Lc 2,19; cf. Lc 2,51), es participada por la I. apostólica; pues señala el comienzo de la nueva y eterna Alianza de Dios con la humanidad en Jesucristo y “precede” al testimonio apostólico de la Iglesia, escondida como un especial patrimonio de la revelación de Dios. Todos aquellos que, a lo largo de las generaciones, aceptando el testimonio apostólico de la Iglesia participan de aquella misteriosa herencia, en cierto sentido, participan de la fe de María....

“Por eso en la base de lo que la Iglesia es desde el comienzo, de lo que debe ser constantemente, a través de las generaciones, en medio de todas las naciones de la tierra, se encuentra el misterio de la que “ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor” (Lc 1,45), que recapitula en cierto modo todos los misterios de la fe que nos transmite la tradición apostólica (cf. RM, 28).

### **Función de la fe de María en el origen y afianzamiento de la fe de la Iglesia peregrina.**

“Los que a través de los siglos acogen con fe el misterio de Cristo... no sólo veneran y recurren a María como a su madre con confianza, sino que buscan en su fe el sostén para su propia fe”. La “fe que salva” es “participación viva de la fe de María” porque esta fe en la que ella nos precedió es la razón de su existencia maternal (salvífica) en la Iglesia peregrina; pues si está presente en la Iglesia, como dispensadora de los frutos de la redención, distribuyendo a través del “sacramento universal de

salvación” los dones salvíficos cuyo “inicio y fundamento permanente “es la fe”<sup>1</sup>, es precisamente porque nos los ha conmercedo con la obediencia de la fe, unida a la esperanza y ardiente caridad, mediante las cuales “cooperó a la obra del Salvador en la restauración de la vida sobrenatural de las almas (LG, 61). Es “nuestra madre en el orden de la gracia” en cuanto dispensadora de los frutos de Redención (corredención subjetiva), precisamente porque ha contribuido a adquirirlos de modo subordinado a Cristo (corredención objetiva) para que nazca y crezca El por la gracia en los miembros de su Cuerpo.

La fe obediente de su peregrinación, que precedió en nuestro camino de fe - desde el fiat hasta la Asunción- fue el motor supremo y el principio formal de su asociación a la obra redentora de su Hijo que culmina en la “hora” suprema del Calvario (RM 26).

Por eso la Iglesia al ejercer su misión apostólica, “mira con razón a la que concibió y dio a luz y educó a Cristo para que nazca y crezca también por medio de la Iglesia en los corazones de los fieles”. Así la fe de María es la raíz de la fe que penetra por el conocimiento y el corazón de los creyente (“ex auditu”) “sobre la base del testimonio apostólico de la Iglesia” (RM, 28) a través del misterio de la Palabra y de los sacramentos, cuya raíz está en el misterio Eucarístico.

Cristo, al morir, tomó todo el dolor y toda la caridad de la vida corredentora de su Madre que culmina y converge al pie de la cruz, fusionándolos con su propio dolor y caridad, para ofrecerlo todo unido al Padre en redención de la humanidad.

Por eso cada vez que se celebra la Misa, renovación incruenta del Sacrificio del Calvario para aplicar sus frutos, se ofrece de nuevo al Padre el sacrificio de Cristo y la compasión de la Virgen, porque esta compasión fue fusionada por Cristo mismo con su propia muerte de la cual ya no puede ser separada nunca. Si la Misa es centro y raíz de toda vida sobrenatural de la Iglesia, parece claro que no recibimos ni una sola gracia a la cual no alcance la acción de la Virgen y que no lleve de alguna manera su “sello” materno...

Ya vimos antes “el sello” mariano de la fe objetiva y subjetiva (“ex auditu”) que arraiga por el ministerio de la Palabra, en relación con el Bautismo. En lo que se refiere a los sacramentos basta recordar que están estrechamente vinculados con la pasión y muerte de Nuestro Señor, tal como ésta ocurrió de hecho. Ahora bien, la muerte de Cristo asume, se incorpora y contiene toda la cooperación mariana. Por lo cual todos los sacramentos dicen una relación a la Virgen y está efectivamente vinculados con Ella. (cf. A. Bandera, o.c., p. 65).

Por eso “el pueblo de Dios busca el encuentro la Madre de Dios -por ejemplo, en los Santuarios marianos- para hallar, en el ámbito de la materna presencia de la que ha creído, la consolidación de la propia fe”. En efecto “en la fe de María, ya en la Anunciación y definitivamente junto a la cruz, se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquel espacio interior...” de la nueva y eterna alianza... que subsiste en la Iglesia, que es en Cristo como un sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todos el género humano (LG, 1). En este espacio interior -abierto por la fe de María- “podemos recibir toda clase de bendiciones espirituales”. Ese ámbito o espacio interior es el seno

---

<sup>1</sup> cf. Concilio de Trento.

fecundo de la Iglesia abierto por la fe de María. La institución visible, -sociedad exterior orgánicamente estructurada- es sacramento visible, -sociedad exterior orgánicamente estructurada- es sacramento universal de salvación que “tiende a recapitular -bajo Cristo como cabeza- la humanidad entera en la unidad del Espíritu” (cf. LG, 13) hasta que se complete el número de los elegidos (RM, 28).

### **Función maternal de María en el camino de búsqueda de la unidad de los cristianos en la única Iglesia de Cristo, que subsiste en la Iglesia católica.**

“La unidad de los discípulos de Cristo es un gran signo para suscitar la fe en el mundo, mientras su división constituye un escándalo “que todos sean uno, para que el mundo crea que me has enviado” (Jo 17, 21)...

El ecumenismo, de modo especial en nuestra época, busca las vías para reconstruir esa unidad que Cristo pedía al Padre para sus discípulos. Esta búsqueda ha encontrado su expresión culminante en el C. Vaticano II, que proclama que sólo se conseguirá verdaderamente si se funda en la unidad de la fe (RM, 29 y 30) que subsiste en la Iglesia católica (LG 8b)<sup>2</sup>

## **MEDIACIÓN Y REALEZA UNIVERSALES DE MARÍA SANTÍSIMA**

(NN. 38-41)

### **Introducción a la III parte.**

La III parte de la Encíclica vuelve sobre el tema de fondo que la vertebró; la “presencia maternal de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia” (cf. RN, 38 y passim) -tratado ya en las dos partes anteriores desde la perspectiva de la fe de María, raíz y fundamento de aquella presencia- desde una perspectiva, ahora, más amplia y comprensiva: *la mediación de María, que “es mediación de Cristo”, en íntima unión con el misterio de su maternidad*, en su doble vertiente, divina y espiritual. La maternidad divina, en efecto, a la que cooperó con la obediencia de la fe, manifestada en el *fiat*, es la razón formal de su condición de mediadora, en y con Jesucristo, entre el Dios ofendido y la humanidad que debe ser redimida. Esta *mediación ontológica*, participada de la de Cristo-hombre, el “solo mediador entre Dios y los hombres”, le capacita para ejercer su oficio de *socia et eductrix Christi*” (S. Alberto); es decir, de “compañera singularmente generosa *en la obra de la Redención* que “coopera en la restauración de la vida sobrenatural de las almas por la fe, la obediencia, la esperanza y la encendida caridad” (LG, 61); en cuya virtud *-qua de causa-* es nuestra madre en el orden de la gracia (cf. LG, 61, RM 38). Es la llamada *mediación dinámica o moral*, para ejercer la cual le fue otorgada una *plenitud de gracia*, justamente llamada por B.

---

<sup>2</sup> “*Haec Ecclesia* (se refiere a la “una santa, católica y apostólica), *in hoc mundo ut societas constituta et ordinata, subsistit in Ecclesia Catholica... licet extra eius compaginem elementa plura sanctificationis et veritatis inveniantur, quae ut dona Ecclesiae Christi propria, ad unitatem catholicam impellunt*”. (LG, 86). El paso del *est* de la primera redención al *subsistit* in se hizo para reconocer mejor los *elementa Ecclesiae* que se encuentran fuera del recinto visible de aquella, pero de ningún modo insinúa -como sostiene el falso ecumenismo (y acusa cierto integrismo)- que la unidad de la Iglesia esté repartida...

Llamera *maternal* -para distinguirla de la gracia capital de Cristo- por “carácter específicamente materno” (RM, 38b). *Es madre espiritual nuestra por ser corredentora.*

Esta función mediadora, en su doble vertiente *ascendente* (redención adquisitiva) y *descendente* (aplicativa o dispensadora de la gracia), es el verdadero fundamento de su maternidad espiritual: de su presencia en la vida de la Iglesia y de cada cristiano en ella. Tal es el tema del segundo apartado de la III parte. Esta relación María-Iglesia se trata, primero, según el *paralelismo de la tipicidad de María respecto a la Iglesia*, subrayada por la tradición desde San Ambrosio; en especial su carácter de Virgen y Madre y de ejemplar eminente de las virtudes teologales.

Por último estudia la *maternidad espiritual* de María en doble vertiente: *personal* -es esencial a la maternidad de referencia a la persona- (RM, 45), y *social*, que evoca el título de *Madre de la Iglesia* no explicitado en el Concilio Vaticano I<sup>3</sup>, pero proclamado por su clausura por Pablo VI.

Siguiendo sugerencias implícitas de ese título, la Encíclica supera la aparente antinomia entre ambas dimensiones, individual y social, de la maternidad de María; mostrando que entanto alcanza la maternidad espiritual de María a las personas concretas en cuanto es Madre de la Iglesia toda (es decir: de la Iglesia en cuanto tal, como comunión de los llamados a la salvación).

He aquí en apretada síntesis, el denso contenido de la III parte que expondremos en los tres próximos capítulos.

### **Mediación y realeza universales de María Santísima (RM, 39-41).**

La mediación universal de María es uno de los conceptos claves de la mariología, *de gran valor ecuménico* por encontrarse el término en la Escritura que, rectamente interpretada, conduce con su *sentido pleno* a toda la posición de María en la economía de la salvación. Es verdaderamente un *título-síntesis de toda la personalidad y función de María en el designio de Dios*. Por eso lo utiliza repetidamente el Concilio explicitando su valor de *corredención* puesto de relieve por la Teología católica -sin usar el término \_\_\_\_\_-. María es mediadora, como anillo de trabazón entre el creador y la criaturas a cuya reconciliación coopera, y tienen -en su virtud- verdadero dominio sobre todo el universo, como *Reina universal en sentido propio* y no meramente metafórico. He aquí el tema de este capítulo.

### **Doble nivel de mediación -ontológica y moral- de María, subordinada a la de Cristo.**

La mediación tiene un primer sentido fundamental (ontológico): María, como Cristo y por causa de Cristo, es el *punto de intersección* de lo humano con lo divino, pues como Madre de Dios es instrumento de Dios para la realización en el tiempo del *misterio de Cristo*, misterio de unión con Dios -personal en Cristo: y mística, por El, en las criaturas-, María participa de un modo único de esa unión; y es así, en su mismo ser,

<sup>3</sup> Por oposición de la corriente *eclesiotípica*, que no admitió una trascendencia de María respecto a la Iglesia, por no considerarla compatible con su condición de miembro más excelso de la misma y a ella inmanente. En el Congreso mariológico de Lourdes de 1958 se enfrentó esta corriente con la *crisotípica*, que, al subrayar el paralelismo con Cristo, veía en María, ante todo, la asociación de su obrar salvífico; la cual funda una trascendencia de María respecto a la Iglesia por ser su causa no sólo ejemplar sino también eficiente, subordinadamente a Cristo, como Madre de la misma. La LG es un compromiso entre los dos sistemas enfrentados. Cf. R. LAURENTÍN, *La cuestión mariale*, París 1963.

“Mediadora” entre Dios y el hombre como pura criatura que alcanza las fronteras de la divinidad.

La divina maternidad constituye la dimensión primera y fundamental de aquella mediación que la Iglesia confiesa y proclama respecto a ella, y continuamente *recomienda a la piedad de los fieles...* “La elección al sumo cometido y dignidad de Madre del Hijo de Dios a nivel ontológico se refiere a la realidad misma de la unión con las dos naturalezas en la persona del Verbo (unión hipostática). Este hecho fundamental de *ser la Madre del Hijo de Dios supone, desde el principio una apertura total a la persona de Cristo, a toda su obra y misión*” (RM, 39), consintiendo a ser Madre del Salvador y uniéndose a su sacrificio.

### **Mediación moral o dinámica.**

En su virtud, *María ha llegado a ser no sólo la madre nodriza del Hijo del hombre, sino también la compañera singularmente generosa* (LG, 60) *del Mesías y Redentor* (RM, 39c). Su fe -del *fiat* a la cruz- es la raíz, como veíamos en el tema anterior, de su *cooperación materna con toda la misión del Salvador* mediante sus acciones y sufrimientos, que culminan al pie de la cruz. “A través de esta colaboración en la obra del Hijo redentor, la maternidad misma de María conocía una transformación singular colmándose cada vez más de *ardiente caridad* con la cual realiza, en unión con Cristo, la restauración de la vida sobrenatural de las almas” (cf. LG, 61). Así es como María *entraba en manera muy personal en la única mediación entre “Dios y los hombres”*, que es la mediación del hombre Cristo Jesús. Es decir: *aquella mediación ontológica la capacitó para la otra, dinámica o moral*. María, al ser Madre del Cristo Redentor, es, por lo mismo, la Nueva Eva, Madre de los vivientes en Cristo. Es decir, que ejerce para con ellos una función mediadora que esencialmente consiste en su cooperación -subordinada la tarea redentora de Cristo- en constituirlos -por su consentimiento en al Encarnación- miembros potenciales de Cristo Redentor, capaces de la Redención y la gracia; en contribuir a su reconciliación con Dios y en interceder por ellos delante de Dios, obteniendo todas las gracias necesarias para la salvación.

En la Virgen María, según Sto. Tomás, se dan las tres condiciones requeridas para la mediación, a saber, la cualidad de medio entre dos extremos, la capacidad de unión entre estos dos extremos (mediación ontológica), y la designación, por lo menos implícita, para realizar esa unión (mediación moral) (cf. S. Th. III 26, 1 y 2).

Ante todo, la *cualidad de medio*, porque la Virgen SS. está entre Dios y los hombres: su cualidad de Madre de Dios la aproxima a Dios mismo, y la pura criatura la aleja de Dios. Paralelamente, su naturaleza humana la acerca al hombre, y su cualidad de Madre de Dios la aleja. Se encuentra entre Dios y los hombres, porque en algo se acerca a los dos extremos y en algo se separa de ellos, pues se relaciona esencialmente al orden hipostático siendo pura criatura.

En segundo lugar, al *unión de ambos extremos* o función moral mediadora entre Dios y el hombre, llevando a Dios las cosas del hombre y al hombre las cosas de Dios. Con el *fiat pronunciado en el día de la Anunciación*. Ella dio a Dios al hombre, y el hombre a Dios, en un proceso de cooperación a la redención animado de *creciente caridad*, del *fiat* a la cruz.

En tercer lugar, la *designación*, por lo menos implícita, para unir ambos extremos, Dios y el hombre. Que la Virgen SS. haya sido designada por Dios para unir, juntamente con Cristo y por medio de El, al hombre con Dios y a Dios con el hombre,

se deduce de la Escritura (cf. n. 3) y de la Tradición, que designa mediadora a María desde el siglo. IV<sup>4</sup>.

*La conveniencia de la Mediación de María*, o sea, de su asociación al Mediador en cuanto tal, se deduce del modo habitual de actuar de Dios que actúa en el orden sobrenatural de un modo análogo al natural, sirviéndose de causas intermedias a las que comunica la virtud de obrar y de producir sus propios efectos (cfr. S. Th.; I, q. 13, a. 6; C.G. III c, 77).

### **Carácter subordinado y participado de la Mediación de María respecto a la de Cristo, único Mediador en sentido pleno.**

*Según los protestantes, la única Mediación posible es la de Cristo*, y está limitada a su persona, según la afirmación de S. Pablo: “Hay un sólo Dios, y un sólo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se dio a sí mismo como precio de rescate por todos” (1 Tim. 2.5). Esto supuesto, *ni María, ni la Iglesia, ni el Sacerdocio, pueden participar de la acción mediadora*, puesto que todos son valores extrínsecos al misterio de la Mediación, ya que *no tienen otra función que la de puros signos, aptos para dar a conocer y arrojar luz sobre la única Mediación: la de Cristo*<sup>5</sup>.

Es evidente, en algunos teólogos reformados actuales, como Asmussen (y en alguna medida Max Thurian) y anglicanos, el alejamiento de la posición de los antiguos protestantes, que tan vivamente, se refleja en Karl Bath, y la aproximación a la posición católica. (cf Roschini, o. c. 461).

Siguiendo al Concilio, la Encíclica (**¿Qué encíclica Don Joaquín**) no se limita a enseñar la cooperación de María en la obra de la Salvación, tanto en el plano de la adquisición como en el de la distribución de las gracias, sino que se *esfuerza por hacer inteligente esta doctrina, pensando, sobre todo, en la dificultad que los protestantes encuentran en ella*. Hay una repetida insistencia en que la figura de María nos oscurece la figura de Cristo. Naturalmente, esta idea es de suma importancia para comprender rectamente el sentido de la partícula “y” (“und”) en las fórmulas católicas<sup>6</sup>. Por ello la idea se ilustra de diversas maneras en la LG (n. 60 y 62), que son sobriamente glosadas en la Encíclica (RM, 38), para mostrar, que la cooperación propia de la *misión maternal de María no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien, sirve para demostrar su poder; es mediación en Xto* (RM, 38).

“El influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres *no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo*; se apoya en la mediación de éste. depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta” (n. 60). Tal es el sentido de la *mediación dispositiva* (como era la de la V. L.) y *ministerial* (del sacerdocio de la nueva ley).

Es, pues, *una mediación “ad melius esse”*, pues *fomenta la unión con Cristo Redentor haciéndola más dulce y atractiva: “La mediación de Cristo por medio de su humanidad se irradia en el corazón de la Virgen*, que en el cielo también continúa su acción maternal junto a su Hijo glorioso, alcanza así a toda la humanidad hasta el fin del

<sup>4</sup> El testimonio más antiguo aparece en S. Efrén: “salve, mediadora del mundo óptima reconciliadora y poderosísima después del Mediador supremo”.

<sup>5</sup> Tal es la posición por ejemplo del célebre teólogo calvinista Karl BATH, *Die Kirkliche Dogmatik*, t. I, 3).

<sup>6</sup> K. BARTH observa que son tres *und* los que les separan de los católicos. No gracia y cooperación: *sola gratia*. No fe y obras: *sola fides*.

mundo, de modo que cualquier hombre puede sentirse presente en su corazón junto a Cristo, su Hijo Redentor, que *se complace en suavizar todos sus gestos salvíficos con la dulzura de un corazón de Madre*". (P. Parente, o. c., 92).

Así, quien pretende llegar a Dios sin Cristo, no llega; y quien pretende llegar a Cristo sin María, no llega. Quien desprecia a Cristo o María, desprecia a Dios mismo que los ha colocado subordinadamente, como intermediarios entre El y nosotros. Cuando, pues, nos dirigimos a estos intermediarios, no por falta de respeto o de confianza en Dios o en Cristo, sino para reconocer y *respetar el plan de su gobierno del mundo que se complace en dignificar sus criaturas haciéndolas participar como causas segundas* de la ejecución del plan de su providencia. Por eso "no excluye, sino que suscita entre las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente" (LG 62) (cf. RM, 38).

C. Pozo subraya la importancia especulativa de la idea de participación a la que el Concilio apela para explicar que María como criatura, *no "añade" nada a Cristo*, ni puede "hacer con ella un número mayor". Así debe traducirse el verbo *connumerari* (LG, 62, cit. en RM 38 c), y no como es usual en las versiones ordinarias *compararse*, *ponerse en pie de igualdad* etc...; no sólo porque con las otras traducciones el pensamiento expresado es absolutamente trivial, sino porque ésta es la traducción que corresponde mejor al concepto de participación que es central en el párrafo del Concilio. *La noción metafísica de participación* implica dos notas:

1. Que toda perfección que hay en el ser que participa, proceda del ser que es fuente de que se participa.
2. Que la perfección del ser participado juntamente con la perfección del ser que es fuente de participación, no es superior a la perfección de este último considerada sola o en sí misma<sup>7</sup>. Participar no significa *ser parte*, sino *tener parte en el ser*.

Esta noción que sólo puede aplicarse, en su sentido, en su sentido estricto, a la relación entre las criaturas y Dios, se explica en el texto conciliar con dos ejemplos: *la participación del sacerdocio de los fieles y en el sacerdocio ministerial* (2), y la participación de la bondad de Dios en las criaturas por la creación. Los escolásticos insistieron en una distinción que, a primera vista, puede parecer un juego de palabras y que, sin embargo, expresa una concepción profunda. Por la creación comienza a haber *más seres*, pero no *más ser*; es decir, por la creación se dan más seres con perfección, pero no más perfección en el conjunto. Este concepto de participación, en el sentido explicado, ha de aplicarse a la mediación de María; Cristo y María son *más sujetos de mediación* (de una mediación única que está en Cristo como en fuente y en María por participación), pero *no más poder de mediación* que Cristo solo<sup>8</sup>.

Supuesta esta doctrina, puede preguntarse por qué habríamos de recurrir a la mediación de María si no añade valor alguno nuevo a la de Cristo. La respuesta es clara: por respecto a la realidad. El hombre ha de llegarse a Cristo en y por la Iglesia, aunque ésta no representa valor alguno sobreañadido a Cristo; o más radicalmente, el hombre ha de contar con la creación, aunque ella no añade perfección alguna a la perfección infinita de Dios. Se trata de una cuestión de *respecto a lo real*. De la misma manera, por respecto a las realidades de la economía sobrenatural el *hombre tiene que contar con María en su camino para la salvación*. Tiene que contar con ella en su vida espiritual, como también tiene que contar con la Iglesia y la comunión de los santos que la realidad eclesial implica. Sin embargo, *aunque nadie está obligado a una devoción o culto*

<sup>7</sup> Cf. L. BE. GEIGER, *La participation dans la philosophie de Saint Thomas d'Aquin*, 2ª ed. París 1953, 226.

<sup>8</sup> C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, 116 ss.

*peculiar a un santo concreto, la devoción a la Santísima Virgen no es potest, porque se encuentra en un plano singular, porque ella -y sólo ella (no los demás santos)- intercede sobre las gracias en cuya adquisición colaboró, y las dispensa como tesorera de Dios.*

### **Fundamento de la mediación de María en su maternidad integralmente considerada con la consiguiente plenitud de gracia y de verdad.**

Cristo hombre se constituye en mediador en virtud de la unión hipostática, en cuanto le capacita para ejercer su misión redentora como sacerdote, profeta y rey. De manera análoga, María Santísima se *constituye en mediadora* nuestra por su .....

### **DIMENSIÓN PERSONAL DE LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARÍA**

La maternidad de María no es una realidad que se esfuma en el número incontable de hijos en un anonimato desvaído, porque *es esencial a la maternidad la referencia a la persona* (RM, 45) (a), en una reciprocidad de entrega (b), que adquiere un acento especial en el caso de la mujer (c).

#### **Esencial referencia de la maternidad a lo personal**

Es conocido que el pensamiento filosófico de Karol Wojtyła está fuertemente impregnado de un santo personalismo. Ello le hace no olvidar que el momento en que Jesús pronuncia estas palabras, no está simplemente muriendo por la salvación de la humanidad en abstracto, sino por la de cada persona en particular. “Me amó y se entregó por mí” (Gal. 2, 20). “La maternidad determina siempre una *relación única e irreplicable entre dos personas*: la de la madre con el hijo y la del hijo con la madre” (RM, 44). La irrepeticibilidad de esta relación de María con cada uno de sus hijos, se subraya por el hecho de que *la nueva maternidad de la Madre del Señor*, haya sido *expresada en singular, refiriéndose a un hombre: “ahí tienes a tu hijo”*. Es conocido el comentario de Orígenes: no dice *he ahí otro hijo*; es como si dijera *ahí tienes a Jesús a quien tú has dado la vida*. Cualquiera que se ha identificado con Cristo no vive más para sí, sino que *Cristo vive en él* (cfr. Gal 2, 20) y puesto que en él vive Cristo de él dice Jesús a María: “He ahí a tu hijo”: a Cristo (Jn. 19, 26).

Esta afirmación de que María es dada particularmente a cada discípulo de luz sobre el sentido a la *respuesta a este don* que se exige en el v. 27 “desde aquella hora el discípulo *la acogió entre sus cosas*”. S. Juan, que señala las diversas cualidades que ha de reunir el verdadero discípulo concluye, esta de tener a María como cosa suya. Ha de tener su vida una dimensión mariana que le haga acoger “*lambanein*” no significa “mirar”, sino “tomar” o “acoger”) a María como madre. La palabra “*acoger*” *implica así una entrega filial* por la que introduce en el espacio de su vida interior a la Madre de Cristo como propia madre (cf 45). Es empobrecedora la traducción oficial “la acogió en su casa”. La Encíclica hace suya (nt. 130) la reciente exégesis de I. de la Poterie, *Reflexions methodologiques sur l'interpretation de Jn, 19 27b*, en Marianum, 42, 1980,

84-25, que propone traducir: “desde aquella hora el discípulo la acogió en su intimidad”.

“Te aconsejo que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María. No basta saber que ella es Madre... Es tu Madre y tu eres su hijo; te quiere como si fueras el hijo único en este mundo. Trata en consecuencia: cuéntale todo lo que te pasa, hónrala, quíerela. Nadie lo hará por ti, tan bien como tu, si tú no lo haces” (Amigos de Dios, n. 293).

### **Frutos de la entrega filial -totus tuus- a la mediación materna de María (46a).**

La dimensión mariana de la vida de los discípulos de Jesús consiste en definitiva, por *fidelidad al testamento de Cristo, en una entrega recíproca, personal, irreplicable*. De esta forma, prosigue el Papa, y como consecuencia de esta: “el cristiano trata de *entrar en el radio de acción de aquella “caridad materna”* con la que la Madre del Redentor “cuida de los hermanos de su Hijo”, a cuya generación y educación coopera, según la medida del don propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo (RM, 45). La alusión del Papa a los dones peculiares de cada una (vocaciones particulares o carismas) y a la gracia del espíritu que cada cristiano recibe, ayuda a comprender que, *si la Maternidad de María es una relación personal e irreplicable, se inserta en esencial vinculación al entero pueblo de Dios*; una maternidad que se ejerce en, con y por la Iglesia y para la dilatación del Reino de Dios, respecto al cual la Iglesia es principio instrumental (LG, 5). *María coopera maternalmente* llevando a su esplendor el designio particular para cada uno, *velando por la realización según Dios de su vocación y misión en la Iglesia (Cf. &3)*.

He aquí, pues, una *vigorosa llamada a una vocación mariana filial y confiada*, condición *indispensable para que llegue a la plenitud la personal vocación* recibida por cada uno en la Iglesia. Se trata de una relación que nacida de Cristo, que dona a su Madre a los hombres, converge también hacia El: “esta relación filial, esta *entrega de un hijo a la Madre*, no solo tiene su comienzo en Cristo, sino que se puede decir que definitivamente *se orienta hacia EL*” (RM 46)<sup>9</sup>.

Por eso *cuanto más se entra en el radio de acción de la madre, perseverando en esta actitud de entrega “tanto más María los acerca a la inescrutable riqueza de Cristo”* Ef. 3, 8 (RK 46). La auténtica devoción mariana *se abre a una universalidad de amor y de servicio*. La Encíclica alude a algo que constituye uno de los puntos fuertes del Magisterio de Juan Pablo II: De Cristo se va siempre al hombre, se aprecia y defiende su dignidad. *María conduce a Cristo y a los hermanos* ayudando a *comprender la dignidad de hijos de Dios a que son todos llamados*. (GS, 22) “no se puede tratar filialmente a María y pensar sólo en nosotros mismos, en...

---

<sup>9</sup> (El Santo Padre recordará más adelante la figura de Luis M<sup>a</sup> Grignon de Monfort, “el cual proponía a los cristianos la *consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo*”: R. M., n. 48, 104; cfr. J. IBAÑEZ, F. MENDOZA, *Consagración mariana y culto de esclavitud*, en “Scripta de María” 9, 1986, 27-37.

**INDICE**